

# Introducción al francesismo queirosiano

*Javier Coca y Raquel Aguilera*

En cuanto aparecieron sus primeros textos en la *Gazeta de Portugal*, en la *Revolução de Setembro* y en el *Diário de Notícias*, José Maria Eça de Queiroz comenzó a ser censurado por usar y abusar de los galicismos. La crítica provenía de intelectuales consagrados, ligados a la Academia de las Ciencias, pero también de amigos suyos que formaban parte de la misma generación. A lo largo de los años, se repiten insistentemente las invectivas dirigidas al escritor portugués por haber desvirtuado el idioma. Cuarenta y cinco años después de su muerte, la Academia de las Ciencias reconocía por fin a Eça de Queiroz como «una de las grandes fuerzas renovadoras del idioma nacional a través de los tiempos».

Escrito poco antes de su traslado a París, en «El francesismo», Eça se defiende de aquellos que lo acusan «de ser *extranjerizante, afrancesado*, y de contribuir, con la pluma y con el ejemplo, a *desportuguesizar Portugal*». Sin embargo, este manuscrito, que al parecer dejó inacabado, no llegó a ver la luz en vida de su autor. Fue hallado en el cofre de hierro donde se guardaron todos los papeles que Eça tenía en la sala de trabajo de su casa de Neuilly, en París, cuando murió, en 1900. En 1912 es publicado, junto con otros trabajos que el novelista había ido desechando, en el último de los volúmenes de obra breve dispersa e inédita organizados por Luís de Magalhães, a petición de Emília de Resende, la viuda de Eça, titulado *Últimas Páginas. (Manuscritos Inéditos)*.

«El francesismo» es un ensayo de gran interés biográfico y literario. Texto de obligada mención en cualquier biografía o estudio sobre el escritor portugués, tan poco dado a confesiones de carácter personal. Eça recuerda aquí no sólo su estancia en Coimbra, sino una parte de su infancia, la que pasó en casa de su abuela paterna en Verdemilho, cerca de Aveiro, donde adquirió el gusto por la lectura y por los autores franceses, por supuesto. Desde el punto de vista literario, hace una estupenda caricatura del estado de las letras portuguesas, deudoras de Francia. Antero de Quental, considerado por Eça como el líder espiritual de su generación, tenía una opinión parecida sobre esta influencia francesa

en el pueblo portugués: «De todos los países de Europa creo que Portugal es, después de Bélgica, el más afrancesado»<sup>1</sup>. Eça mira el francesismo como una fatalidad nacional a la que él, como otros muchos, estaba destinado de forma irremediable. Esta misma idea aparecía algunos años antes en una carta que desde Angers, en Francia, escribía a su amigo Oliveira Martins: «En el fondo, mis novelas son francesas. Como yo mismo, que soy en casi todo un francés, excepto en el fondo sincero de tristeza lírica que es una característica tan portuguesa, en el gusto perverso por el fado y en la legítima afición por el bacalao encebollado. En todo lo demás, un francés, y de provincia. No podría ser de otro modo: tanto en el claustro de la Universidad como en la plaza del Rossio, fui educado, y me eduqué a mí mismo, con libros franceses, con ideas francesas, con expresiones francesas, con sentimientos franceses y con ideales franceses»<sup>2</sup>. Tres meses después de escribir esta carta, redactaba la presentación a la edición francesa del cuento *El mandarín*, «Lettre qui aurait du être une préface», en la que reafirmaba esa diferencia entre el espíritu portugués y el espíritu francés: «Nous sommes des hommes d'émotion, pas de raisonnement», aunque también confirmaba ese permanente mirar a Francia: «Car nous imitons ou nous faisons semblant d'imiter en tout la France, depuis l'esprit de nos lois jusqu'à la forme de nos chaussures; à un tel point que pour un oeil étranger, notre civilisation, surtout à Lisbonne, a l'air d'être arrivée la veille de Bordeaux, dans des caisses, par le paquebot des Messageries»<sup>3</sup>. Los doce años pasados en Inglaterra, si bien no le despertaron grandes simpatías hacia ese país (no soportaba ni la comida, ni el clima, ni el carácter inglés), sí le llevaron a reconocer lo injusto y nefasto que era para las letras portuguesas el completo desconocimiento de los escritores ingleses y de otros países de Europa: «Detesto a Inglaterra, pero ello no impide que, como nación pensante, tal vez sea la primera de todas»<sup>4</sup>.

Cansado ya de que se le cuestionara continuamente su apego a Portugal, Eça se explica. El resultado sería este sarcástico ensayo en el que

<sup>1</sup> Carta de Antero de Quental al poeta italiano Tommazzo Canizzarro fechada el 22 de diciembre de 1888, citada por A. Campos Matos en *Dicionário de Eça de Queiroz*, Caminho, Lisboa, 1988, p. 442.

<sup>2</sup> Carta a Oliveira Martins, de 10 de mayo de 1884, en *Correspondência*, Livros do Brasil, Lisboa, 2001, p. 52.

<sup>3</sup> Carta-prefacio escrita por Eça de Queiroz para la edición francesa de *El mandarín*, fechada el 2 de agosto de 1884, en *O Mandarim*, Livros do Brasil, Lisboa, 2000, pp. 7-13.

<sup>4</sup> Carta de Eça a Mariano Pina, director de *A Ilustração*, fechada en Bristol, el 7 de junio de 1885, en *Correspondência*, op. cit., p. 79.

no puede evitar la carcajada. «El francesismo» apareció sin fechar, pero todos los estudiosos coinciden en señalar que la referencia a la obra de Zola, *La Terre*, limita su cronología a 1887, año de publicación de dicha novela. Se desconoce por qué no llegó a publicarse. Eça atravesaba un periodo de trabajo frenético, estaba dando los últimos retoques a la que por muchos es considerada su mejor novela, *Los Maia*, que, tras los continuos aplazamientos de su autor, por fin salía a la venta en 1888. Curiosamente, en *Los Maia* Eça retoma muchas de las fórmulas e ideas que aparecen en «El francesismo». Una variante de la frase con que define a Portugal como «un país traducido del francés a la jerga de arrabal», es pronunciada por João da Ega, inseparable amigo del protagonista Carlos da Maia, y en el que muchos han querido ver un retrato del propio Eça. En el capítulo XIV, Ega llega por sorpresa a la casa de Carlos en Lisboa y allí conoce a María Eduarda, la amante de éste; Ega se queja de la comida portuguesa: «¡Lúgubres platos traducidos del francés en jerga portuguesa, como las comedias del Gimnásio!»<sup>5</sup>. También aquella pregunta que en «El francesismo» hacía un político, un hombre de Estado, a Eça sobre la literatura británica, aparece en la novela, en el capítulo XII, atribuida a Sousa Neto, personaje secundario y símbolo del político ignorante e indolente del constitucionalismo portugués: «¿Tienen en esas tierras de Dios, en Inglaterra, de esta literatura amena que nosotros tenemos aquí, folletinistas, poetas de pulso?...»<sup>6</sup>. En *Los Maia* retomaba con fuerza la crítica a ese Portugal decadente y caduco del que tanto se quejó. Como es natural, la obra de Eça volvió a ser tachada de afrancesada. El cosmopolitismo de su autor siempre fue considerado como falta de patriotismo. Pero Eça nunca dejó de ser portugués para ser francés. Criticó a Portugal, y a Inglaterra, y a España, y a Alemania, y también a Francia. Por supuesto que era un afrancesado, igual que lo fue Goya, o igual que lo fue Larra. Ser afrancesado en esa época era sinónimo de tener luces. Sin embargo, hay un sentimiento añejo de patriotismo ibérico que fue y sigue siendo funesto. Eça anduvo el camino que le iban imponiendo su estilo y las influencias de las que se impregnaba, sin pararse a considerar si se alejaba o se acercaba a Portugal. Y es muy significativo que aún hoy existan sombras y recelos sobre el escritor que reinventó por entero la prosa portuguesa.

<sup>5</sup> Eça de Queirós, *Los Maia*, traducción de Jorge Gimeno, Pre-Textos, Valencia, 2001, p. 552.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 469.

Educado con Musset y con Víctor Hugo, y aunque se considerase una víctima del francesismo, Eça no desaprovechó la oportunidad de vivir en su soñado París: «París, como bien sabes, siempre ha sido mi sueño. Las razones que me hacen desearlo son tan evidentes que ni siquiera aludo a ellas. Las razones que el Gobierno pudiera tener para mandarme a París también resultan obvias. Lo poco que valgo podría ser de alguna utilidad para la nación si yo estuviera en París. [...] En París, mis estrechas relaciones con la literatura y con la prensa quizá tendrían algún valor»<sup>7</sup>. Gracias a las influencias políticas de Oliveira Martins, en octubre de 1888 Eça de Queiroz llegaba por fin a París, donde permanecerá hasta su muerte. João da Ega, el *alter ego* del escritor en *Los Maia*, también declaraba su preferencia por París, en el caso de que tuviera que huir con una mujer «no elegiría Suiza ni los montes de Sicilia. Me iría a París, al Boulevard des Italiens, cerca del Vaudeville, con las ventanas dando al gran mundo, a un paso del *Figaro*, del Louvre, de la filosofía y de la *blague*... ¡Ésa es mi idea!»<sup>8</sup>. Y también la de Eça de Queiroz.

Para la traducción de «O Francesismo» hemos seguido la edición, a cargo de Helena Cidade Moura, de *Cartas e Outros Escritos*, Livros do Brasil, Lisboa, 2001.

<sup>7</sup> Carta de Eça a Oliveira Martins, fechada en Londres, el 15 de agosto de 1888, en *Cartas e Outros Escritos*, Livros do Brasil, Lisboa, 2001, p. 140.

<sup>8</sup> Eça de Queirós, *Los Maia*, op. cit., pp. 556-557.